

Catecismo 602 - 603 Dios le hizo pecado por nosotros

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Este título: "Dios le hizo pecado por nosotros" esta tomado de la carta 2ª Corintios 10, 21

Punto 602:

En consecuencia, san Pedro pudo formular así la fe apostólica en el designio divino de salvación: "Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros" (1 P 1, 18-20). Los pecados de los hombres, consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte (cf. Rm 5, 12; 1 Co 15, 56). Al enviar a su propio Hijo en la condición de esclavo (cf. Flp 2, 7), la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado (cf. Rm 8, 3), "a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Co 5, 21).

Punto 603:

Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado (cf. Jn 8, 46). Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre (cf. Jn 8, 29), nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15, 34; Sal 22,2). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, "Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros" (Rm 8, 32) para que fuéramos "reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rm 5, 10).

Es un texto misterioso: "Dios le hizo pecado por nosotros".

La reflexión cristiana sobre estos textos ha hablado de la redención hecha por Cristo en nuestro lugar, de "satisfacción": Cristo ha "satisfecho por nosotros. Esta idea se encuentra ya en los textos del "Siervo de Yahvé", que ayer comentamos. Esto hay que explicarlo con un "equilibrio grande", para no caer en incorrecciones, poniéndolo en conjunción con otros textos de la biblia, para no deformar y no hacer caricaturas para ver esto de la "satisfacción" o de la "redención vicaria"

Por ejemplo en el mundo protestante hicieron una explicación de estos textos que eran excesivamente “literales”. Lutero decía que Dios había cargado todos los pecados en su Hijo, haciendo de Jesucristo el “mayor pecador”. Según Lutero Cristo padeció los tormentos del infierno: “Cristo era el perfecto condenado” –decía el-. Aunque a los ojos de Lutero Cristo era inocente, pero era considerado por el Padre como “pecador y maldito”.

Calvino decía que cuando Cristo descendió a los infiernos, asumió la experiencia de los tormentos de los condenados; y Jesús está liberando a los condenados sufriendo las penas del Infierno.

No es correcto aplicar a Jesucristo literalmente, esa imagen del antiguo testamento del macho cabrío el día de la expiación, al que le traspasaban los pecados del pueblo cuando el sumo sacerdote le imponía las manos al macho cabrío, y después era abandonado en el desierto.

Cristo es la víctima inmaculada, es el sacrificio ofrecido pero inmaculado.

Es claro que Jesús hizo una sustitución por nosotros: **Hizo la expiación de un inocente por los culpables.**

La idea de la sustitución no debe de entenderse en el sentido “penal”. El pecado tiene una condena que hay que pagar: “Yo no puedo pagar la factura, por tanto reierte en Jesucristo”. Esto no sería correcto. Estaríamos haciendo una caricatura de Dios: “Alguien me tiene que pagar esta factura, si no la pagas tu que la pague otro (Jesucristo).

No se puede afirmar que Cristo fue castigado; todo castigo –para ser justo- debe de recaer en el culpable: El Padre no puede castigar a Jesucristo. Quien castigó realmente a Cristo fuimos nosotros. Cristo es inocente: **Cristo es semejante a nosotros en todo, MENOS EN EL PECADO.**

El texto dice: **Dios le hizo pecado por nosotros**, no dice: **Dios le hizo “pecador” por nosotros.**

Por tanto, nosotros decimos, que Cristo cargó las consecuencias del pecado sobre El, pero siendo inocente, no haciéndose nunca pecador. Por tanto la cólera de Dios no pudo caer nunca sobre su Hijo. Hasta en el momento más crudo de la pasión El Padre seguía amando a su Hijo como el INOCENTE.

El Padre se **conmueve** por la ofensa de su Hijo inocente que carga con las consecuencias del pecado, “¡sin hacerse pecador!”: Esta es la maravilla, porque el sufrimiento y la muerte son las consecuencias del pecado. **Jesús ofreció su vida como reparación de lo que a nosotros nos correspondía por nuestro pecado.**

Lo cierto es que en esa inmensa pasión de Cristo en la cruz se ve la magnitud de nuestro pecado. ¡Que grave es nuestro pecado!; ¡Que consecuencias tan inmensas ha asumido Jesús como consecuencia de nuestro pecado!. Viendo a Jesús en su pasión –cuando se nos es dado verlo- uno puede ver la gravedad de su pecado.

Es un misterio hay que matizar. En el momento del abandono de Jesucristo en la cruz, hemos de recordar que Cristo **no sufrió el abandono en la cruz** de Dios, por motivo de que fuera pecado, en absoluto; se trata de un sufrimiento que el Padre y el Hijo de “común voluntad”. En Jesús, más que el sufrimiento físico –y fue mucho-, fue el sufrimiento que Jesús quiso experimentar del abandono de Dios Padre. ¡Ojo!: El Padre en ningún momento abandona a Jesucristo: **“estaban unidos en la unión Trinitaria”**: El Padre y el Hijo son una sola cosa, y no pueden dejar de serlo en ningún momento. Pero el Padre y el Hijo quisieron asumir en ese momento de la cruz de sentir y experimentar el abandono afectivo.

Esta experiencia, a veces, el hombre la tiene: de no sentir la presencia de Dios, de sentirnos abandonados de Dios.

En el caso de Jesús, esta experiencia de abandono no se trataba de una “blasfemia” –como afirmaba Lutero-. **Es el máximo misterio de solidaridad con nosotros** en donde Cristo quiere experimentar lo que también en nosotros también ocurre: “la experiencia del abandono”.

Otra consecuencia del pecado también es la de sentirse abandonado, sentirse solo.

Esto que hizo Jesús supera la solidaridad. Es cierto que en virtud de la encarnación Cristo estaba unido “solidariamente” con todo hombre, que se ha hecho semejante a nosotros y ha participado de nuestro destino: es una solidaridad en la carne y en la sangre con nosotros. Pero los textos escriturísticos no solo ha sufrido “**con nosotros**” –eso sería ser solidario: “con”-, además ha sufrido “**POR nosotros**”: esto es más que solidaridad, eso es una “sustitución” en favor nuestro.

San Pablo habla claramente de la “sustitución”: **Uno solo ha muerto por todos.**

Incluso Anas: “*conviene que uno muera por el bien del pueblo*”.

La “sustitución” muestra, además, la incapacidad –como pecadores que somos- para reconstruir la amistad con Dios. Nosotros no podíamos ofrecer “esa reparación digna”: Cristo la ofrece por nosotros.

El Hijo de Dios no tomó “parte” de nuestros pecados –como quien reparte un peso entre varios-, no, ha tomado el peso “entero” de nuestros pecados, todas las culpas de la humanidad han sido transferidas a Cristo –no a título de “pena”- sino a título de “reparación”.

Esta redención de Cristo también requiere de nosotros –subjetivamente- una “apropiación”, una colaboración. Pero la redención la realiza Cristo, no nosotros. La conversión es propia de quien acepta una redención –la redención de Cristo-

Él nos dejó el sacrificio de la Eucaristía, precisamente, para que nosotros cooperásemos con Él, en la celebración de la Eucaristía y en la transformación del mundo a imagen de esa eucaristía.

Lo principal de la pasión de Cristo: “El alma de la pasión”. Me refiero que ha podido haber personas que han padecido sufrimientos corporales parecidos a los de Jesucristo: Torturas y escarnios. Pero hay una diferencia con respecto a la pasión de Jesucristo es “LA PASIÓN DEL ALMA DE JESUCRISTO”:

“al que no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros”

En Getsemaní Jesús oraba: “*Que pase de mi este cáliz...*”. En la Biblia el “cáliz” evoca la ira de Dios contra el pecado:

Apocalipsis 14, 10: *tendrá que beber también del vino del furor de Dios, que está preparado, puro, en la copa de su cólera*

Cuando hablamos de “ira o cólera” de Dios no se está hablando de ningún defecto de Dios. “La cólera de Dios” se identifica como “amor de Dios” que no puede hacerse cómplice del pecado, esto hay que entenderlo bien: no apliquemos a Dios nuestros conceptos, no veamos a Dios en nuestro espejo, mas bien, veámonos nosotros en el espejo de Dios. Hablar de “ira o cólera” de Dios no supone ningún defecto, supone el **amor** de Dios que quiere el bien del hombre y no se resigna a su mal y por tanto muestra la **incompatibilidad entre el bien y el mal y entre la gracia y el pecado**.

Romanos 1, 18: *En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia;*

Es este una especie de principio universal: Donde hay pecado, no puede, por menos, de aparecer **el no** rotundo de Dios.

Es una imagen de la santidad de Dios que pesa, en ese momento sobre el pecado: En Getsemaní; y Jesús quiere beber ese “cáliz”, Él quiere también padecer el sufrimiento de Dios Padre por tanto pecado: El sufrimiento que tiene “el Padre” por el hijo prodigo que ha abandonado la casa.

Jesús carga con todo el orgullo del hombre, con todas las rebeliones, con toda la lujuria, con toda la hipocresía, con la violencia y la injusticia, toda la explotación de los pobres y de los débiles, toda la mentira, todo el odio.

En la pasión de Cristo encuentra pleno cumplimiento aquellas palabras de Isaías: **Él fue triturado por nuestros crímenes, sobre El descargo EL CASTIGO QUE NOS SANA**. Él es el justo sufriente que ora en los Salmos:

Salmo 88: *“Tu cólera pesa sobre mi, me hechas encima todas tus olas, paso sobre mi tu incendio, tus espantos me han consumido...”*

Permitirme un ejemplo: ¿Qué ocurriría, si todo el universo físico, con sus millones de galaxias, se apoyasen en un solo punto, como si fuera una inmensa pirámide invertida? ¿Qué presión soportaría esa punta de la pirámide, sobre la que esta todo el peso del universo? Este ejemplo lo ha puesto algún autor espiritual, para decir que todo el “universo de la culpa” pesaba en la pasión de Jesús sobre el alma del hombre Dios: **El cargo sobre si todos nuestros crímenes: Es el CORDERO DE DIOS QUE CARGA CON EL PECADO DEL MUNDO**. Esta es la verdadera cruz que cargo sobre sus hombros.

San Pablo en la carta a los romanos hablando sobre los judíos dice que siente por ellos tanto dolor, porque han rechazado el evangelio que estaría “dispuesto a ser el mismo anatema”: verse separado de Cristo por el bien de todos (Romanos 9, 3).

Lo que el Apostol percibe como una suprema privación, aunque sin padecerla de hecho; Jesús la vive en la cruz. Se convierte como si fuese “anatema” –viéndose separado de Dios-. Él se hace “maldito”:

Gálatas 3, 13: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley, **haciéndose él mismo maldición por nosotros**, pues dice la Escritura: “Maldito todo el que está colgado de un madero,*

Un paso mas: “la experiencia del silencio”, para entender esa frase: “Dios mio, Dios mio: ¿Por qué me has abandonado?”.

Esta experiencia del silencio de Dios, que para el hombre que le falta fe, le falta confianza en Dios y le falta sentirle como Padre, para ese hombre no le hace sufrir tanto, porque no hecha en falta esa palabra de Dios: **El silencio de Dios es proporcional a la intensidad con la que se invoca el silencio de Dios**.

Cuanto mayor fe se tiene en ese invocar en nombre de Dios, el silencio de Dios se hace más dramático. Ese drama fue máximo en Jesucristo: El hijo amado del Padre, que tantas noches había pasado en esa intimidad con el Padre.

Tenemos que intuir lo que supuso el silencio de Padre en la cruz, y el abismo tan grande que se esconde en ese grito de Jesús.

María también supo lo que era el silencio de Dios, al pie de la cruz.

En un momento de feroz persecución del emperador Juliano a los cristianos, uno de los santos padres, al ver las iglesias profanadas, las vírgenes violadas, dijo: “**¡Que duro fue, Dios mio, soportar, aquel día tu silencio!**”.

Ese silencio fue la cumbre del sufrimiento, por haber asumido las consecuencias del pecado.

Es evidente que el Padre nunca estuvo tan cerca de su Hijo como en aquel momento: en la obediencia suprema. Pero en cuanto hombre, hubo un momento en el que Jesús no percibió esa cercanía, se sintió abandonado: **era el momento máximo del abajamiento.**

Los padres de la Iglesia dicen que “este abajamiento es mayor que el abajamiento de la encarnación”.

Todo ello era necesario para que quedase destruida nuestra condición de pecadores:

Gálatas 3, 14: “*Y para que a cambio de esa maldición, recibiésemos por la fe, el Espíritu prometido*”

Los Padres de la Iglesia han aplicado a Cristo crucificado la figura bíblica de las aguas amargas de “Mara”, que se convirtieron en “aguas dulces” al contacto con el madero que hecho Moisés en ella. (Éxodo 15, 23 ss).

En el madero de la cruz, Jesús bebió las aguas amargas del pecado y las convirtió en el “agua dulce de su Espíritu”; es signo el agua que salió de su costado: “bebió el cáliz amargo y Él se convirtió en un vaso de agua viva para nosotros”.

Gracias a su “sí”, gracias a su “amen”, gracias a su “hágase tu voluntad”; nosotros podemos decirlo con El.

Este es el gran misterio de nuestra fe: Jesús en una situación tan extrema, mantuvo su amor y confianza hacia el Padre. En sus labios nunca se apagó el grito filial: ¡ABBA PADRE!.

Al llevar a cabo este misterio, Jesús tubo junto a si a su Madre, a la que nos dirigimos nosotros emocionados. Ella sufrió profundamente con su hijo y se **asocio con corazón maternal** a su sacrificio. “**consintiendo con amor**”, la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado.

De esta forma se convierte, María, en **perfecta corredentora, en nuestra Madre en el orden de la gracia.**

Lo dejamos aquí.